

nes, y la razón misma es quien la ha dictado. Por tanto es cosa indigna ver qué ventaja pueden sacar los enemigos del christianismo y del catolicismo de lo que la historia nos ha conservado tocante á los pontífices romanos de este siglo; porque si tienen cabal su entendimiento, y recto su corazon, no deben separar dos hechos que el mismo testimonio ha reunido; el uno, que no obstante la altura del puesto, y el respeto que jamas se negó á la dignidad, los desórdenes de estos pontífices viciosos causaron horror á toda la Iglesia; y el otro, que á pesar de este horror vió en ellos toda la Iglesia sus cabezas legítimas, los sucesores del príncipe de los apóstoles, y los canales por donde la autoridad ministerial se difundia á todas las partes de la sociedad religiosa, que no puede subsistir sin ella.

Este artículo no podemos acabarlo sin admitir dos cosas que distinguen el siglo décimo de todos los demas, y que no se pueden atribuir sino á un cuidado particular de la providencia: la primera, que este es el único tiempo desde el origen del christianismo en que la Iglesia no ha sido turbada por ninguna heregía, y en que las verdades de la fe, penetrando las tinieblas de que estaba cubierta la Europa, han conservado un resplandor, que la sutileza, la inquietud, ni aun la supersticion han oscurecido; y la segunda, que esta es la época de la propagacion rápida del Evangelio en el Norte, y de los progresos maravillosos del christianismo en los climas helados, donde la política y el comercio no habia establecido aun comunicacion que hiciese fácil su acceso, y conocido su idioma á las demas naciones. Parece que Dios no permitió estas dos cosas en un siglo de obscuridad y corrupcion, sino para hacer mas visible la atencion con que vela sobre la sociedad santa de quien es autor; y para darnos á conocer mejor, que así como su mano sola, sin el auxilio de ningun otro poder, sentó sus fundamentos, ella sola tambien arregla soberanamente su destino en todas las edades.

Este artículo no podemos acabarlo sin admitir dos cosas que distinguen el siglo décimo de todos los demas, y que no se pueden atribuir sino á un cuidado particular de la providencia: la primera, que este es el único tiempo desde el origen del christianismo en que la Iglesia no ha sido turbada por ninguna heregía, y en que las verdades de la fe, penetrando las tinieblas de que estaba cubierta la Europa, han conservado un resplandor, que la sutileza, la inquietud, ni aun la supersticion han oscurecido; y la segunda, que esta es la época de la propagacion rápida del Evangelio en el Norte, y de los progresos maravillosos del christianismo en los climas helados, donde la política y el comercio no habia establecido aun comunicacion que hiciese fácil su acceso, y conocido su idioma á las demas naciones. Parece que Dios no permitió estas dos cosas en un siglo de obscuridad y corrupcion, sino para hacer mas visible la atencion con que vela sobre la sociedad santa de quien es autor; y para darnos á conocer mejor, que así como su mano sola, sin el auxilio de ningun otro poder, sentó sus fundamentos, ella sola tambien arregla soberanamente su destino en todas las edades.

## CAPITULO VII.

*Personas ilustres en santidad.*

En el discurso preliminar hemos dicho que no entra esencialmente en nuestro plan la historia de los santos que en cada siglo han edificado la Iglesia con prodigios de fervor ó penitencia; y hemos remitido á las almas piadosas, que gustan alimentarse con esta lectura, á las obras conocidas que andan en manos del público, y particularmente á las vidas de los santos, sacadas de las actas auténticas, traducidas del ingles por los señores Gotescard y Maria, Agiografia, que reúne el mérito de la uncion y del interes con el de la eleccion y buena critica. Sin embargo, nos parece que no será inútil dar aquí una noticia compendiosa de los varones virtuosos, que han sido la luz y edificacion del siglo décimo, y lo mismo haremos en algúno de los siglos siguientes. De este modo se verá qual era todavia la riqueza de la Iglesia, y su fecundidad en estos tiempos de corrupcion, y se admirarán los medios siempre maravillosos de que Dios se vale para perpetuar en el christianismo la rama preciosa de los santos, y para contraponer los grandes ejemplares de piedad á los grandes escándalos. No nos detendremos mas que en los nombres mas ilustres, para ser fieles á nuestro plan, aun desviándonos de él.

Habiendo vuelto á conquistar los griegos la isla de Creta, de los sarracenos, el año 960, por medio de las armas de Nicéforo Focas, fué necesario predicar de nuevo la religion christiana. Tanto era el progreso que habia hecho la de Mahoma en ciento y treinta años que sus discipulos habian sido dueños de aquella isla. La empresa tenia tanto mayor dificultad, quanto las supersticiones del eslamismo habian echado hondas raices, y la moral cómoda del Alcoran habia hecho olvidar los preceptos evangélicos. Un santo monje, llamado Nicon Metanoita, se entregó valerosamente á esta buena obra. Era natural de Ponto, hijo de padres distinguidos; pero se habia apartado muy jóven de las caricias y miras ambiciosas de su familia, para consagrarse á la penitencia en un monasterio, cuya disciplina era en extremo severa. Allí perma-



neció Nikon doce años, que empleó baxo la dirección de un abad instruido y experimentado, en exercitarse en la práctica de todas las virtudes. Dios manifestó á su superior que lo había destinado para trabajar en la salvación de las almas, y en la conversión de los infieles. Y por tanto fué enviado á los Armenios, en donde hizo mucho fruto. De allí pasó á la isla de Creta, que acababa de reducirse otra vez al dominio de los emperadores de Constantinopla. Nikon no tenía otro modo de predicar, que gritar con un tono de voz espantosa: *haced penitencia*, por lo que se le dió el sobrenombre de Meta-noita. Dios hacia eficaces estas pocas palabras en boca de este otro Jonas. A él acudían de todas partes á recibir la penitencia ó el bautismo; y en breve tiempo se vió el cristianismo y todas las virtudes que de él brotan florecer en esta tierra tanto tiempo profanada con el culto impuro de los musulmanes. Nikon, infatigable en el exercicio de su zelo, pasó de Creta á Epiro, y de Epiro á Lacedemonia, gritando siempre: *haced penitencia*, y convirtiendo á los pecadores, con la energía que daba á esta corta exhortación. Estas fueron las últimas palabras que este santo hombre pronunció, y su muerte se refiere á los postreros años de este siglo: durante su vida había tenido don de milagros, y despues de su muerte se hizo célebre su sepulcro por los que se obraron en él.

San Pablo de Latre no predicó penitencia, pero fué uno de los mas perfectos modelos de ella; y sus exemplos, mas eficaces que las exhortaciones mas patéticas, atraxeron un crecido número de personas al camino difícil en que había entrado. Era tal la inclinación que tenía á la soledad y á la mortificación, que todo retiro y austeridad, por muchos que fuesen, era poco para él. Despues de haberse hecho á la vida monástica por algunos años en un monasterio del monte de Latre, en donde la regla era en extremo rigurosa, se retiró á un desierto, en el que tenía por habitación una caverna estrecha, y por alimento bellotas y frutas silvestres. Doce años pasó en este género de vida admirable, orando incesantemente, casi no durmiendo, y domando sus pasiones con mortificaciones que parecen superiores á las fuerzas humanas. A pesar de la obscuridad profunda en que se mantenía oculto, una vida tan santa, ó por mejor decir, tan milagrosa, le atraxo un

crecido número de discípulos. Construyéronse celdillas, y se abrieron cavernas al rededor de la suya para vivir baxo su dirección, y seguir sus pasos por el camino de la perfección; pero muy en breve se hizo tan grande el concurso con los que venían á admirarlo y encomendarse á sus oraciones, que por miedo de perder el recogimiento y soledad interior, abandonó el desierto, y pasó á la isla de Samos. Allí convirtió á muchos con sus milagros y sermones, llenos de unción, y apoyados con aquella autoridad que da la virtud. Sus discípulos del monte Latre descubrieron el lugar donde se había retirado, y le persuadieron á volver con ellos. Su fama se extendió muy léjos, y los príncipes le consultaron muchas veces en asuntos árdios. Su nombre llegó hasta Roma; y queriendo saber el papa (sin duda Agapito II.) si era cierto lo que la fama publicaba de él, envió un monge para averiguar las cosas extraordinarias que se contaban. Este santo hombre murió el año 956.

Ya hemos tocado algo del zelo y entereza de san Dunstan, que en este siglo fué el restuarador de la piedad en Inglaterra; pero hemos remitido á este artículo las circunstancias concernientes á este ilustre arzobispo. Nació cerca del antiguo monasterio de Glastemburi, en un distrito que hoy en dia se llama condado de Sommerset. Su familia era de las de primera nobleza de Inglaterra. Algunos hibernios ó irlandeses que se habían juntado para vivir en comunidad en los edificios del monasterio, cuyas rentas se habían aplicado los reyes, enseñaron al jóven Dunstan los primeros elementos de las letras. Despues fué á perfeccionarse á Cantorberi, cuyo obispo era tio suyo, y luego estuvo algun tiempo empleado en el servicio del rey Aldestan; pero conoció muy pronto que la corte no es la residencia que deben elegir los que quieren conservar la inocencia de las costumbres, y trabajar en su salvación. Abandonóla, pues, para abrazar la vida monástica; y habiendo sido elegido al sacerdocio por el obispo de Vinchester, su pariente, se retiró cerca de Glastemburg, en donde había recibido las primeras lecciones de piedad. Hecho dueño de una hacienda quantiosa, por muerte de su padre y de su madre (porque entónces heredaban de sus padres los monges), gastó parte de su patrimonio en reedificar las iglesias y las casas del monasterio, en donde juntó en po-



co tiempo una comunidad numerosa, en la que tuvieron su asilo la ciencia y la piedad. Esta casa se hizo despues, como el seminario adonde la Alemania acudió á buscar obispos y abades. Sabiendo el rey Edredo que el mérito de Dunstan no se reducía solo á gobernar un monasterio, y á dirigir las almas á los caminos de la perfeccion, lo hizo dueño de toda su confianza; pero Eduino, sucesor de este príncipe, jóven, entregado á todo el ímpetu de las pasiones, despreció sus consejos, y aun llegó á desterrarlo, inducido de una muger, con quien el santo abad le habia reprehendido de vivir en un comercio escandaloso. Perseguido Dunstan se retiró al monasterio de san Pedro de Gante, que era entónçes una escuela de ciencia y de observancia. Luego que subió al trono el piadoso rey Edgardo, lo volvió á llamar, y le obligó, á pesar de su repugnancia, á encargarse á un tiempo de las iglesias de Vorchestre y de Londres. Poco tiempo despues fué trasladado Dunstan á la silla de Cantorberi. Las necesidades urgentes de la Iglesia, y la escasez de pastores eminentes en letras y virtudes justificaban estas disposiciones poco conformes con el rigor de las reglas canónicas.

Siendo de mayor extension las obligaciones de Dunstan en la silla de Cantorberi, parece que se acrecentó su zelo, y se dió á conocer con ellas. Encargado de cuidar de todas las iglesias de Inglaterra, las visitaba sucesivamente, instruyendo los pastores y pueblos; inspirando á los unos el amor á sus obligaciones, y á los otros el deseo de su propia salvacion; anunciando el evangelio á los que no creían todavía en Jesu-christo, y enseñando á los que ya estaban iluminados con la luz de la fe, el modo como habian de corresponder á su vocacion. Sus sermones estaban llenos de sabiduría, de mansedumbre y de fuerza. La santa Escritura y la oracion eran las fuentes en donde bebían los motivos de persuasion que le sujetaban los entendimientos y los corazones. Los trabajos del santo arzobispo hicieron mudar de semblante á las iglesias de Inglaterra, las costumbres del clero llegaron á ser exemplares; la ociosidad y los desórdenes que de ella resultan cesaron entre eclesiásticos y monges; y ocuparon su lugar la inclinacion al estudio, y la aplicacion á las obligaciones que cada uno tenia que desempeñar segun su estado. Al mismo tiempo que cesó la vida profana y disipada de los

pastores y de los clérigos, desaparecieron los escándalos y vicios que hacían gemir á los virtuosos; tanto es el bien que pueden hacer los sugetos elevados á los primeros puestos, quando su zelo es dirigido por la prudencia, y quando á la autoridad del empleo juntan las virtudes, que son solas las que pueden hacer útil su ejercicio. San Dunstan murió en medio de éstas ocupaciones penosas el año 988, infinitamente sentido de su pueblo, y dexando á la iglesia de Inglaterra en un llanto universal por su pérdida.

La iglesia de Alemania tuvo un prelado de eminente santidad en la persona de san Ratbod, obispo de Utrecht, que descendía por su madre de Ratbod, duque de Frisia, cuyo nombre tenia. Gontiero, su tio, arzobispo de Colonia, se encargó de su educacion. Empezó sus estudios en su casa, pero al cabo de algun tiempo tuvo que dexarlo. Vino á la corte de Cárlos el Calvo, y de Luis el Tartamudo, no para abrirse camino para los empleos y la fortuna, sino para perfeccionarse en las ciencias, baxo la proteccion de estos príncipes, que sostuvieron en quanto estuvo de su parte los establecimientos de Carlo Magno, y sobre todo, la célebre escuela del palacio. El estudio de las letras no fué su único ni su principal objeto. Las virtudes christianas, mas importantes que el saber, eran las que anhelaba por adquirir. A ellas aplicó todo su esfuerzo en medio del tumulto y del combate perpetuo de las pasiones que agitan la morada de los reyes, haciendo tan rápidos y señalados progresos, que fué elegido para gobernar la iglesia de Utrecht, por votos unánimes del clero y del pueblo, teniendo apenas la edad señalada por los cánones. Su ardiente zelo, su caridad, su vida penitente, y sus afanes por la propagacion del Evangelio en estas comarcas, en donde Jesu-christo era todavía poco conocido, justificaron las esperanzas que se habian formado de él. Propúsose por modelos á san Villebrodo y san Bonifacio, que ántes de él habian cultivado esta porcion todavía inculca del dilatado campo de la Iglesia. Siguió las huellas de estos varones apostólicos, y así como ellos, atraxo muchos idólatras al conocimiento de la verdad. Habiendo destruido los dinamarqueses su ciudad episcopal, se retiró á Deventer, y desde allí iba á reconocer la Frisia para destruir las reliquias del gentilismo. En sus fatigas, cuyo único fin era la gloria de Dios y la conversion de los



infeles, tuvo mucho que padecer. Los bárbaros lo impidieron, oponiéndole incesantemente nuevos obstáculos, que su valor y paciencia consiguieron casi siempre vencer. Muchas veces corrió riesgo de perder la vida; pero el deseo que tenía de apartar las almas de la superstición y del vicio, no le permitió jamás ver el riesgo ó temerlo. Acabó una vida tan laboriosa y tan llena de buenas obras con una santa muerte el año 918.

San Udalrico, cuya canonización solemne es uno de los sucesos notables del siglo décimo, nació en la alta Alemania á fines del nono. Su familia era una de las más ilustres de estos distritos. Educósele en la célebre abadía de san Galo, y allí tuvo sus estudios; los cuales acabados, se le puso baxo la dirección de Adalberon, obispo de Ausburgo, prelado de gran crédito, y cuyo mérito era generalmente conocido. Sirvió á la iglesia de Ausburgo por algun tiempo en el empleo de camarero, cuyo oficio era distribuir los vestidos á los clérigos y pobres. En esto se distinguió por su puntualidad y caridad; pero sus virtudes lo llamaban á mayor altura, á la qual lo hizo subir Dios el año 924. Una elección, en que solo se atendió á sus virtudes, lo colocó en la silla de Ausburgo. Los húngaros, azote de la Alemania en estos tiempos de la calamidad, lo llevaban todo á sangre y fuego. La ciudad de Ausburgo habia estado varias veces expuesta á su furor. Udalrico al principio de su obispado habia reparado los daños causados por ellos, y reedificado la Iglesia que habian destruido; pero estos bárbaros, que no podian verse hartos de homicidios y robos, volvieron otra vez á atacarla; y estando mal fortificada, era inevitable su ruina á no intervenir socorro del cielo. Entónces fué quando Udalrico dió riendas al amor que tenía á su pueblo. Con sus lágrimas y oraciones probó apaciguar la ira de Dios, de la que solo eran instrumento estos bárbaros. Dividió las vírgenes y mugeres virtuosas en dos bandas. La una daba vuelta á la ciudad entonando cánticos de penitencia, y invocando á la augusta Madre de Dios. La otra estaba postrada en la iglesia orando con el santo pastor, que ofrecia en sacrificio el cuerpo y sangre de Jesu-christo, y que se valia hasta de los gritos inocentes de los niños que mataban para alcanzar el auxilio del Todopoderoso. El enemigo estaba debaxo de las murallas, y la ciudad iba á caer

en su poder, quando se adelantó Oton el Grande para combatirlo, y con efecto lo atacó y lo hizo huir. Lo pronto del socorro y la victoria que lo hizo eficaz, tuvieron con razon como un milagro concedido á las oraciones del santo obispo. Oton le tenía una singular veneración. Su conducta prudente, y su fidelidad inviolable, durante la guerra, ocasionada por la rebelion de Luitolfo, hijo de Oton, le habia grangeado la estimación de este emperador. Udalrico tuvo habilidad para reconciliar estos dos príncipes, reduciendo al hijo á la obediencia, y excitando en el corazon del padre los sentimientos de la naturaleza. La vida privada del santo obispo era tan penitente, como activa y ocupada la pública. Oraba mucho, dormia poco, no tenía mas cama que una estera, y no comia carne, ni consentia en su mesa sino manjares groseros. Despues de 50 años de obispado acabó su carrera el de 973 de edad de 83 años.

San Bruno era hijo de Enrique el Paxarero, y hermano de Oton el Grande; no se valió de este distinguido nacimiento sino para favorecer los estudios y proteger la religion. Recibió una educación piadosa, baxo la dirección de un obispo de Utrecht llamado Baldico. Desde muy pequeño manifestó un vivo gusto por las ciencias y por la virtud. Aprendió las lenguas griega y latina con los mejores maestros de aquel tiempo, quienes le hicieron leer todo lo mas perfecto que ha producido la antigua literatura. Los libros eran su pasión dominante, y los conservaba con un cuidado que daba á entender quanto estimaba las buenas instrucciones que en ellos se adquieren. Los entretenimientos y agitaciones de la corte no lo desviaron de esta aplicación al estudio. Los sabios eran su compañía ordinaria, y por lo comun servian de diversion á Oton las doctas conferencias que con ellos tenía. Todavía jóven, se le confió el gobierno de muchos monasterios, sin duda como abad, segun un abuso que era entónces demasiado comun; pero Bruno no se aprovechó de las rentas, ni se valió de su autoridad mas que para hacer revivir en ellos la disciplina, y para poner otra vez en vigor la regla de san Benito. El mismo era un modelo exemplar, por la pureza de su vida, por su liberalidad con los pobres, y por su abstracción del fausto y de la vanidad. Habiendo vacado la silla de Colonia el año 953, se reunieron el clero,



la nobleza y el pueblo para pedir que esta iglesia se diese á Bruno. Ensalzado al obispado, y conociendo el peso de las obligaciones que se le imponian, se aplicó á desempeñarlas incesantemente. La reforma de las costumbres en el clero, y la extirpacion del vicio en todas las clases del pueblo, fueron el objeto constante de su zelo y de sus afanes, preparando y asegurando con su exemplo el fruto de sus instrucciones. Su mesa era frugal y aun pobre, sus vestidos sencillos, y en todo su exterior reynaba la modestia. Tenia singular talento para anunciar la palabra de Dios y para explicar la Escritura, acomodándose á los alcances del pueblo, porque su fin era instruir y mover los corazones, y no adquirir la vana reputacion de eloquente. Su erudicion, que era muy vasta y muy amena, respecto del siglo en que vivió, no le servia sino para hacerse mas claro, mas inteligible y mas eficaz, y para hacer gustar las verdades de la salvacion. Su hermano le habia dado la investidura del ducado de Lorena, cuyas rentas empleó, así como las de su obispado que eran quantiosas, en aliviar á los infelices, en restablecer las iglesias y monasterios, en proveerlas de todo lo necesario para el culto divino, y sobre todo, en reparar los daños que ordinariamente causa la guerra en las campañas. No disimularémos una falta que cometió poniéndose de parte de la rebelion de Ludolfo su sobrino, en la que sin duda incurrió, arrastrado de las circunstancias y del espíritu del tiempo; pero se debe creer que no tardó en repararla, y que si Oton su hermano le dió el ducado de Lorena, fué para mostrar quán asegurado estaba de su fidelidad. Este virtuoso prelado, que fué solitario en la corte, sabio en un siglo de ignorancia, humilde en medio de las grandezas, y pobre entre las riquezas, murió á los 40 años de edad, y 12 de su obispado, en el de 965. En su tiempo pasó por el hombre mas instruido de toda la Alemania, y se le cuenta entre los escritores eclesiásticos del siglo décimo por un comentario sobre los cinco libros de Moyses, y otro sobre los quatro evangelistas que habia compuesto; pero que no ha llegado á nuestras manos.

Tambien colocan entre los sugetos mas famosos de este siglo otros dos santos prelados de Alemania; á saber, san Volfango, obispo de Ratisbona, y san Adalberto, obispo de Praga, en Bohemia. El primero, nacido en la

obscuridad, se ensalzó por su mérito, y llegó á ser uno de los pastores de su tiempo mas útiles á la religion por su regularidad exemplar, sus costumbres libres de la menor mancha, y su zelo por la observancia de las reglas eclesiásticas. Su desinterés le movió desde luego á desposeerse de una rica abadía de que habian gozado por mucho tiempo sus predecesores, y despues á consentir en la desmembracion de su diócesis para mayor bien de la Iglesia. El segundo, de casa noble y poderosa, se consagró desde jóven al servicio de Dios. En sus estudios, que fueron en la célebre escuela de Magdeburgo, se distinguió de todos los de su edad por la agudeza de su talento y por su piedad sólida. Estas raras prendas lo hicieron elegir para ocupar la silla de Praga. Su pueblo vicioso é indócil se negaba á todos los medios de que se valia para hacerlo mejor. Viendo que su ministerio era estéril, creyó que Dios no lo queria en el puesto á que le habia hecho subir; por lo qual se retiró al monte Casino para satisfacerse en el ejercicio de la vida religiosa. Sin embargo, se dexó persuadir á volver á su iglesia, en la que no habiendo hecho mas fruto que ántes, se resolvió á trabajar en la conversion de los prusianos idólatras. En esta empresa encontró nuevos obstáculos, de que su zelo no pudo triunfar sino en parte. Si ganó alguno de estos infieles para Jesu-christo, los mas se obstinaron en el error. El santo obispo, extenuado de cansancio, y afligido de lo inútil de sus esfuerzos, tuvo por último la gloria de acabar sus dias por medio del martirio el año 997.

El órden monástico suministró tambien á la Iglesia varones dignos de los tiempos mas felices. Tales fueron en Italia san Nilo el Jóven, á quien Dios habia concedido el don de milagros, y cuyos discípulos se han perpetuado hasta nuestros dias baxo la regla de san Basilio, mas austera que la de san Benito, seguida en todo rigor; san Juan de Gorza, que lleno de fervor por los ejercicios de la vida monástica, no encontrando asilo á que poderse entregar con fruto en la relaxacion general de los monges, quiso mas bien retirarse con algunos antiguos á la ruina del monasterio de Gorza, que habitar casa mas cómoda en donde solo habia tenido á la vista malos exemplos; y por último, los primeros abades del monasterio de Cluni, que fueron el ornato y lumbrera de la iglesia de Francia en



Estos tiempos de escándalo, en que el antiguo fervor de los christianos apenas se conocia por la historia.

La fundacion de este famoso monasterio es un suceso de mucha importancia; y la virtud de los primeros abades que lo gobernaron ha esclarecido demasiado á todo el siglo X. para dexar aquí de decir de él alguna cosa. Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania y de Berri, consagró, ó por mejor decir donó, segun el estilo del tiempo, su tierra de Cluni, en el condado de Macon, y la hacienda que de ella dependia á san Pedro y san Pablo, con la condicion de que se edificase allí un monasterio baxo la regla de san Benito, y que el abad Bernon estuviese encargado del gobierno de los monges, y de la administracion de los bienes destinados para su manutencion. El instrumento de esta fundacion subsiste todavía, y es del año 910. En él se dice, que despues de la muerte de Bernon tengan los monges libertad de elegir sucesor sin que ningun potentado ose impedir la eleccion, y que los apóstoles san Pedro y san Pablo sean los protectores de este establecimiento.

El abad Bernon, que habia nombrado el fundador por primer superior de este establecimiento, descendia de una de las familias mas nobles de Borgoña. Habia abrazado muy temprano la vida monástica, y fundado la abadía de Gigni, en la diócesis de Leon, dotándola con su propia hacienda. Ayudado de piadosos y doctos religiosos, que sacó del monasterio de san Martin de Autun, en donde acababa de introducirse la reforma de san Benito de Aniana, estableció en Cluni la mas exácta disciplina. En los principios no hubo mas que doce monges en esta casa, porque los que venían á ponerse baxo la direccion del santo abad, se les distribuía en igual número en otras comunidades, conforme á la regla de san Benito. Bernon las gobernó todas miéntras vivió; pero al morir, les dió superiores particulares, baxo la autoridad de Odon, el único de sus discípulos, en quien tenia mas confianza. Este juntó estas diferentes colonias, de que Cluni era la metrópoli, para formar de ellas una congregacion. Cluni, dicen los benditos autores de la historia literaria de Francia, no bien estuvo algunos años baxo la direccion de san Odon, quando se hizo un plantel de santos, y una de las mas famosas escuelas de toda la Francia. El santo abad, en

medio de los exercicios de la penitencia, halló tiempo para componer un crecido número de obras, y con su exemplo hizo ver que la verdadera piedad es no solo compatible con el estudio, sino que á veces necesita de él para sostenerse. Con esto dexó un modelo que sus sucesores, hasta san Pedro Mauricio, se impusieron la obligacion de imitar, juntando la ciencia con la santidad de la vida... En todo este siglo se halló crecido número de monges, que con el resplandor de su doctrina y de sus virtudes disiparon las tinieblas que ofuscaban á los hombres de su tiempo. El buen olor de su conducta atraxo á Cluni algunos obispos. Unos, como el arzobispo Gerardo, iban allí á edificarse y á acabar sus dias; y otros, como Turpion, obispo de Limoges, prelado distinguido por su piedad y saber, á perfeccionar su instruccion. (a)

(Hist. Liter. de Francia, tom. VI. pág. 22 y 23.)  
Tan célebre fué este piadoso establecimiento casi desde su origen. San Odon era muy á propósito para aumentarlo con sus luces, su prudencia y su talento para el gobierno. Era de nacimiento ilustre, al qual correspondia la nobleza de sus inclinaciones. La educacion que habia tenido era la mejor que se pudiese dar entónces á los de su esfera. Las letras y la piedad lo ocupaban sucesivamente, ó por mejor decir, sabia juntarlas tan bien, que su inclinacion á las unas no perjudicaba al ardiente deseo que tenia de hacer progresos en la otra. Logrólo igualmente, y su mérito por sí solo le hubiera abierto el camino de los honores en la Iglesia y en el estado, aun quando por su clase no hubiese estado en proporcion de poder pretender qualquier cosa. Ya era canónigo de san Martin de Tours; pero atemorizado con los peligros del mundo; de que no se creía totalmente seguro en este estado, y ansioso por la perfeccion, buscaba asilo mas seguro en donde poder servir á Dios. Desesperando de hallarlo en Francia, por causa de las discordias que reynaban en los mas de los monasterios, se puso en camino para Italia con un amigo que era de su mismo sentir. Ambos caminaban preocupados con su proyecto, quando llegaron al monasterio de Cluni. Ad-

(a) Sabemos por nuestras historias que tambien se retiraron al convento de Cluni algunos obispos de España, como Don Simon ó Ximeno I. de Burgos, y Don Juan de Pamplona. España Sagrada, tom. 26.



mirados del buen orden que se veía reynar en él, y del olor de piedad que respiraba, dieron gracias á Dios por haberles hecho encontrar tan cerca lo que iban á buscar léjos. Estableciéronse en este retiro, y Odon al lado de un maestro como el abad Bernon, no tardó en hacerse capaz de guiar á los demas.

Odon sobresalió tanto en las ciencias como en la piedad; y es muy creible que en siglo mas favorable á los talentos habria sido un escritor de primer orden. Tenia aquella eloqüencia animada, que es de todos los tiempos, y aquella expresion de un corazon compasivo y virtuoso, que jamas dexa de hacer su efecto á pesar de la rudeza del estilo, y del orden del mal gusto. Lo que se advierte tambien en sus escritos es que son los mejores, ó por mejor decir, los ménos desfigurados por la barbarie de todo quanto produjo este tiempo. Ya se ha visto quán célebre fué la nueva institucion de Cluni baxo el gobierno de este santo abad. Mantúvose, y se acrecentó todavía mas con la diligencia y grande reputacion de sus sucesores el piadoso y sabio Aymardo, que no gobernó mas que seis años, y san Mayolo, que vivió hasta el año 994, y que en sus últimos años descargó el cuidado del gobierno en san Odilon, ilustre por su nacimiento y talento, y todavía mas ilustre por su humanidad, desinterés y demas virtudes.

#### ARTICULO VIII.

##### *Escritores eclesiásticos del siglo décimo.*

No obstante las densas tinieblas de la ignorancia, y la decadencia de los estudios, no dexó de producir este siglo un crecido número de escritores, pues que ha dado materia á los actores de la historia literaria de Francia para un tomo grueso. Pero quiénes fueron los mas de estos escritores, y de qué casta sus producciones á vista de una crítica imparcial? Los que se ocupaban en escribir eran unos monges sin talento ni disposicion para suplirlos con el trabajo, que pasaban por hábiles, y que creían serlo porque habian cursado algun tiempo las escuelas, y á cuya pretendida sabiduría daba algun realce la ignorancia universal. En quanto á sus producciones, se reducian á compendios de obras antiguas, comentarios de la escri-  
tura

ra, recogidos de los intérpretes de los siglos anteriores, vidas de santos, historias de translaciones y de milagros, crónicas, en que se referian los sucesos sin eleccion, sin examen, y aun muchas veces sin fidelidad.

Sin embargo, es preciso confesar que en esta multitud de escritores hubo algunos á quien no faltó otra cosa que guías mas seguras, y principios de gusto mas delicado, ó por mejor decir, circunstancias mas á propósito para manifestar el ingenio, y darle un feliz impulso para llegar á la perfeccion, de que son capaces los asuntos en que se exercitaban. En tan grande número vamos á escoger los que nos han parecido dignos de particular atencion, y que á lo ménos han tenido el mérito de conservar á la posteridad algunos retazos de las noticias que se habian perpetuado hasta su tiempo, y de unir, por medio de sus obras, imperfectas como son, los siglos de luz que se vieron nacer mucho tiempo despues, con la edad feliz de la literatura, que les habia precedido. Eutichio, egipcio de nacion, que vino al mundo á fines del siglo nono, exerció en los principios la medicina, y compuso algunos tratados sobre esta ciencia. Habiendo sido elegido despues patriarca de Alexandría á la edad de 60 años, gobernó aquella Iglesia cerca de seis, y murió hácia el año 940. Habia escrito un diálogo entre un melquita ó católico, y un jacobita, en el que respondia á los argumentos, de que los discípulos de Eutichês, esparcidos en Egipto y en Siria, se valian para defender sus errores, y justificar su cisma. La mas principal de sus obras que ha llegado á nosotros, es una especie de historia universal, desde el principio del mundo, hasta el tiempo en que vivia, escrita en árabe, que era su lengua materna. En ella se encuentran algunas particularidades de la historia eclesiástica y profana, de que otros autores no han hecho mencion. Por lo demas es poco fiel este historiador en el modo de referir los hechos, y aun algunas veces parece infiel de intento, como en lo que dice tocante al antiguo modo como se hacia la eleccion y consagracion de los patriarcas de Alexandría. La parte mas importante de esta obra es la cronología de sus predecesores, que pone Eutichio desde san Márcos hasta sí.

Simeon, llamado Metafraste, vivia en Constantinopla á principios del siglo décimo, y principalmente imperando